

Teruel, donde fuimos invencibles

Teruel, donde fuimos invencibles

Honorio Collado García

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 3090-2026

ISBN: 979-13-7060-569-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Honorio Collado García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mi madre.
A todas las madres en general y a las de mi barrio en particular,
por su silencio, esfuerzo y generosidad sin límite.

Índice

PRÓLOGO La infancia nunca se marcha 13

PRIMERA PARTE
CUANDO ÉRAMOS REYES 17

1 Teruel, donde empezó todo 19
2 El barrio de nuestra gloria 23
3 Los primeros cómplices 27
4 Los nombres sagrados de la infancia 31
5 Juegos que valían un reino 35
5.1 Juegos de invierno 35
5.2. Juegos de verano 38
5.3. Juegos de guerra y de fantasía 48
5.4. Juegos que inventábamos 54
5.5 Juegos hasta que anocheciera 58
5.6 Juegos para soñar 61
6 Hasta que nos llamaban desde el balcón 65
7 Domingos de ropa nueva 67
8 Veranos que no terminaban nunca 71
9 La Primera Comunión 73
10 Gente que llegaba de fuera 77
EL PANADERO 77
EL ARENERO 78
EL COLCHONERO 78

EL CARBONERO 78
EL LECHERO 79
EL PELUQUERO 79
EL AFILADOR 80
EL CHATARRERO 80
EL PRACTICANTE 80
EL BASURERO 81
EL BARRENDERO 81
11 Ellas 83
12 El temblor de los primeros amores 87
13 Nuestros héroes de barro y humo 93
14 Lugares secretos 95
15 Cuando el tiempo no corría 97

SEGUNDA PARTE
LA VIDA EMPEZABA A ENTRAR 99

16 Los no tan felices sesenta 101
17 El frío de Teruel 111
18 Pobres, pero ricos en algo importante 117
19 La calle también enseñaba 119
20 Las aulas del destino 121
a. Las Anejas 122
b. Colegio San Juan Bautista de la Salle 124
c. Instituto José Ibáñez Martín 132
21 Miedos de niño 141
22 Lo que nadie decía 145
23 Las madres invencibles 147
24 El día en que dejamos de ser pequeños 151

TERCERA PARTE
REGRESAR 155

25 Primeros reencuentros 157
26 Teruel, 2021 165
27 Teruel, 2024 177
28 Zaragoza 2025 189
29 La ciudad que quedó esperando 193
30 Lo que la infancia deja para siempre 195
31 El niño que aún me acompaña 201
32 Escuchar a los mayores 203
33 Hablando de educación 207
34 Los amigos que vencieron al tiempo 211

CUARTA PARTE
EL AMOR 213

35 Los Amantes de Teruel 2025 215

QUINTA PARTE
HABLAR CON EL PASADO 223

36 Carta al niño que fui 225
37 Respuesta desde la calle de entonces 233
38 Donde fuimos invencibles 237
39 Nunca dejemos de jugar, ni de soñar 239

EPÍLOGO Todavía nos espera Teruel 241

AGRADECIMIENTOS 243

PRÓLOGO
La infancia nunca se marcha

«Somos igual que nuestra tierra,
suaves como la arcilla, duros del roquedal».

José Antonio Labordeta

Me encontraba en la Casa del Libro, en Madrid, firmando ejemplares de mi última novela. Aquella obra (contra todo pronóstico, incluso contra el mío) había superado cualquier expectativa. Yo nunca fui hombre de grandes ambiciones literarias, pero ya se sabe cómo funciona este mundo: Basta con alcanzar cierta notoriedad para que el éxito acuda como por arte de magia. Poco importa el camino recorrido para llegar hasta él. A veces responde al mérito; otras, a los atajos. Hay quien alcanza la fama por haber escrito un gran libro, y hay quien la encuentra tras un show televisivo, por haber amado a alguien célebre o por cualquier estrépito que entretenga durante unos días a la multitud.

En mi caso, la gloria había llegado después de ser finalista del prestigioso Premio Planeta de literatura, ese galardón capaz de convertir de la noche a la mañana a un desconocido en figura respetable, considerada y firmante de libros con gesto trascendente.

Sin embargo —y conviene que la verdad llegue pronto— nada de eso era cierto.

Ni había escrito aquella novela. Ni había sido finalista de premio alguno. Ni me aguardaban lectores en larga fila con el libro abierto entre las manos.

Lo único verdadero de aquella escena era esto: Estaba en la Casa del Libro, sí, sosteniendo un ejemplar recién comprado para regalárselo a mi hija Marta, y escribiéndole una dedicatoria con todo el cariño de un padre.

Nunca publiqué ningún libro.

Lo cual no significa que no haya escrito.

La vida, siempre tan hábil para decidir por nosotros, me llevó por otros caminos. Elegí la medicina, o quizá la medicina me eligió a mí, y me entregué a ella durante años con la pasión que exigen las vocaciones verdaderas. Fue una profesión hermosa y dura, generosa y exigente, que me permitió conocer de cerca la fragilidad humana, el dolor callado, la esperanza y esa oculta valentía que muchas veces tiene la gente sencilla.

Quien ha mirado de frente el sufrimiento aprende a leer mejor el alma de los demás, es pensamiento reconocido por la ciencia médica.

Tal vez por eso tantos médicos se refugian en el arte: No porque sean seres extraordinarios, sino porque la vida les ha afinado la sensibilidad. Se podría decir que tienen hipersensibilidad, que suena más médico.

Mientras tanto, mis otras pasiones aguardaban en silencio. La música, la pintura, el teatro, la escritura… Todas quedaron durante años en un segundo plano, como páginas de un libro por leer, dormidas y aparcadas. Escribí pequeños guiones, poemas dispersos, páginas sueltas que descansaban entre libros, en cajones o carpetas olvidadas. Nunca sentí prisa por mostrarlas. Siempre fui celoso de mi intimidad, y me parecía que ciertas emociones pierden algo de su verdad cuando se exhiben demasiado.

Vivimos, al fin y al cabo, protegidos por máscaras. La del profesional competente, la del amigo leal, la del marido, la del padre, la del hombre sereno que parece tener respuestas para todo, y otras muchas más, tantas como caras que la vida nos va proponiendo.

Pero hay momentos en los que ninguna máscara resiste: Cuando uno se mira en el espejo con honestidad, o cuando alza los ojos al cielo y se siente pequeño bajo tanta inmensidad.

A cierta edad, sin embargo, cambian las proporciones de las cosas. Lo que antes protegíamos con celo empieza a pedir salida. Y uno comprende que aún está a tiempo de contar aquello que verdaderamente importa.

En mi caso, fue Adela —mi compañera constante, mi cómplice en la vida— quien me empujó con la sencillez de las personas sabias.

—Escribe sobre tu infancia.

Yo le había contado muchas veces historias de aquellos años: Travesuras, juegos interminables, pequeñas hazañas que entonces nos parecían épicas. Ella se reía, disfrutaba con cada recuerdo y, sin saberlo, me devolvía algo más valioso que la memoria: Me devolvía la emoción con que fue vivida.

Y comprendí que tenía razón.

Porque la infancia no desaparece nunca. Se esconde. Espera. Respira en algún lugar secreto de nosotros mismos.

Este libro nace de ese descubrimiento.

Nace del deseo de regresar a un barrio de Teruel donde fuimos felices sin saberlo; de volver junto a los amigos que convirtieron cualquier tarde en una aventura; de recordar a nuestras madres, silenciosas y fuertes; de rescatar un tiempo humilde que, visto desde hoy, se parece bastante a la riqueza.

No pretendo dar lecciones a nadie. No escribo para enseñar, sino para compartir.

Quisiera, si me lo permitís, haceros sonreír con las travesuras de unos niños de otro tiempo. Quisiera también acercar a los más jóvenes a una época distinta, sin pantallas ni urgencias, donde la imaginación lo llenaba casi todo. Y, sobre todo, quisiera invitar a quienes peinan canas —o comienzan a peinarlas— a volver por un instante al lugar donde aún les espera el niño que fueron.

Hablad con él.

Preguntadle si sigue ahí.

Decidle en qué se ha convertido el mundo.

Y procurad no avergonzarle demasiado.

Regresar al pasado es imposible, desde luego. Pero volver a los escenarios de la infancia produce un extraño milagro: Las calles parecen las mismas, las casas siguen en pie, los montes continúan donde estaban… Y, sin embargo, todo ha cambiado.

La verdad es otra: No han cambiado tanto los lugares como quien los contempla.

Somos nosotros.

Y en ese contraste se mide, con silenciosa exactitud, el paso del tiempo.

Si después de estas páginas sentís ganas de recordar, de llamar a un viejo amigo, de sonreír solos o de agradecer algo que creíais perdido, entonces este libro habrá encontrado su sentido.

PRIMERA PARTE
CUANDO ÉRAMOS REYES

1
Teruel, donde empezó todo

«Teruel, ciudad mudéjar, donde el arte
se siente en cada torre y en cada rincón».
Anónimo

Esta es una historia sencilla, sí, pero no una más entre tantas. Es la mía, la nuestra. La que quedó prendida para siempre en la memoria. No porque en ella sucedieran hazañas increíbles, sino porque aquella agua limpia y fresca que bebimos en la infancia en Teruel alimentó nuestro espíritu, nos dio forma y dejó en nosotros una huella que el tiempo no ha logrado borrar. Sin la menor duda, en aquellos años, realmente fuimos invencibles.

Guardamos en la memoria toda una vida, un caudal de recuerdos que se resiste a desvanecerse. Aunque el calendario siga desprendiendo sus hojas y la plata se deposite, lenta, sobre nuestros cabellos, no queremos —ni sabemos— permitir que todo aquello se hunda en el abismo del olvido. Mientras permanezcamos en pie, ellos, nuestros recuerdos, seguirán respirando en nosotros.

Yo no deseo olvidar.

Anhelo regresar a ese patio de recreo, al sitio de mi recreo, como diría el añorado Antonio Vega, donde el tiempo no existía, a esas cuatro calles donde jugábamos sin prisa, junto a los amigos de siempre. Necesito, a veces, esconderme del presente para volver al refugio del ayer; quizá, en el fondo nunca quise dejar de ser niño. El gran Pau Donés cantaba aquello de «Volver a ser un

niño». He comprendido —como tantos otros— que la edad no es un obstáculo, sino tal vez el impulso necesario para preservar la pureza y la ternura de aquel espíritu primero.

Permitidme presentarme. Me llamo Honorio —Hono, para quienes me conocen— nací en Teruel a la edad de un año (el nacimiento biológico fue en Cuenca, ciudad encantada) y actualmente vivo en Galicia, una tierra que me acogió hace ya muchos años con la calidez de una madre. En lo más hondo sigo siendo aquel muchacho de provincias que soñaba con el mar, como tantos otros, y debo confesar que esta tierra gallega, ya inseparable de mí, se ha convertido en un hogar elegido, en el lugar donde algún día —ojalá lejano— dejaré que me acune en su verde tierra.

He tenido la fortuna de reencontrarme con muchos de aquellos que, como yo, se resisten a dejar de jugar, a dejar de ser invencibles. Esta es la historia de unos niños que crecimos en un barrio humilde, donde los días transcurrían entre bicicletas, piedras y risas que rebotaban contra paredes desconchadas. El verano se deslizaba hacia el otoño, el invierno hacia la primavera, y en nuestros juegos —como en nuestras vidas— no había pausas, ni treguas, ni finales.

Hoy, medio siglo después, seguimos añorando aquellos días luminosos. El tiempo avanza sin conceder descanso, y a veces alguno de los nuestros se queda en el camino. Lo lloramos, sí, como no puede ser de otra manera, pero seguimos. Siempre seguimos.

Todos abandonamos el barrio. Yo también. Y, sin embargo, cada vez que cierro los ojos regreso a esas calles donde todo parecía posible. Porque hay lugares que no se abandonan nunca, aunque cambies de ciudad, de oficio o incluso de piel. Lugares que permanecen latiendo dentro de uno, con el rumor eterno del verano y la voz imborrable de los amigos.

Dejé de vivir en Teruel a comienzos de los años setenta, apenas con quince años recién estrenados. Mi familia, como tantas otras,

emprendió el triste camino de la emigración en busca de un porvenir menos incierto. Para los jóvenes de entonces, Teruel ofrecía horizontes estrechos: los estudios apenas alcanzaban lo esencial y las oportunidades laborales eran, si cabe, aún más escasas. Madrid, Zaragoza y Valencia brillaban en la distancia, como faros salvadores para el cansado marino que siente su atracción de una forma inevitable.

Así fue como mi barrio empezó a disolverse poco a poco, sin ruido, con una serenidad casi resignada. Las despedidas simplemente ocurrían. Y, sin embargo, al marcharnos dejamos allí algo más que casas y calles: dejamos un fragmento intacto del corazón. Tal vez por eso, tantos años después, seguimos sintiendo esa sed callada de volver, de reconocernos en lo que fuimos. Porque la infancia —la verdadera— no termina nunca: se queda latiendo, agazapada, esperando ser recordada.

Contemplo a mi querido Teruel y me parece más pequeño, sí, pero también infinitamente más hermoso. Perderme por sus callejuelas es un anhelo persistente: recorrer el Óvalo, atravesar la Glorieta, deslizarme por la calle de San Juan hasta desembocar en la Plaza del Torico, tan diminuta como majestuosa. Y luego dejarme llevar, sin rumbo, por ese laberinto de piedra que conduce a la Catedral de Santa María de Mediavilla, cuya techumbre —joya única, declarada Patrimonio de la Humanidad— respira aún la memoria compartida de cristianos, judíos y musulmanes. Un prodigio del arte mudéjar que dialoga en silencio con las torres de Torre del Salvador, Torre de San Martín y Torre de San Pedro.

Y luego está el Mausoleo de los Amantes de Teruel, que es mucho más que un lugar: es un susurro detenido en el tiempo. Allí descansa la historia de Isabel de Segura y Diego de Marcilla, dos jóvenes unidos por un amor tan intenso como imposible. Él, noble, pero sin fortuna suficiente, partió a la guerra con la promesa

de regresar digno de ella. Cinco años le concedieron; cinco años sostuvo su esperanza como única armadura.

Y regresó. Regresó con lo necesario… Pero demasiado tarde. Ese mismo día, las campanas no anunciaban su victoria, sino la boda de Isabel, obligada a casarse con un hombre rico. Diego la buscó con la urgencia de quien se ahoga y solo pide un último aliento: un beso. Isabel, ya esposa, se lo negó, fiel a un compromiso que no había elegido. Y entonces él cayó, sin vida, vencido no por la guerra, sino por el desconsuelo.

Al día siguiente, cuando ya todo era silencio, Isabel acudió a despedirse. Y al posar sus labios sobre los de Diego, la vida también la abandonó. Como si el amor, al fin, reclamara su derecho.

Esta leyenda —sostenida por la historia y por la memoria obstinada de quienes la repiten— convierte a Teruel en un lugar inevitablemente mágico. No en vano la llaman la Ciudad de los Amantes: porque allí, incluso la muerte parece una forma de eternidad.

2
El barrio de nuestra gloria

«Amar no es mirarse el uno al otro;
es mirar juntos en la misma dirección».

Antoine de Saint-Exupéry

El barrio, qué palabra más sencilla, y todo lo que puede entrañar. Solo tres casas para albergar todo un mundo. ¡Qué milagro de la naturaleza! Si se pudiera cuantificar de una forma objetiva todo lo que pasó entre aquellas cuatro paredes, resultaría imposible poder meterlo en un pequeño recipiente.

Aquellas paredes fueron el escenario de nuestro espectáculo, lleno de éxito y de gloria. Pocos espectáculos tan brillantes se pueden admirar en nuestro mundo, pocos artistas han podido alcanzar toda la gloria que nosotros alcanzamos.

Si aplicamos el concepto barrio como se entiende en la actualidad, el barrio de Chamberí en Madrid, o el barrio de Gracia en Barcelona, mi barrio está en otra dimensión por razones obvias: no se pueden comparar en extensión, pero si los comparamos en ternura, en cercanía, en cariño y orgullo, mi barrio sería el campeón sin ninguna duda. A veces menospreciamos las cosas pequeñas, y puede que resulten ser las más entrañables y emotivas.

Manolo Bellido, poseedor de una memoria histórica digna de toda alabanza, me aportó todos estos datos de la historia de Teruel y de la historia del barrio. La inauguración del nuevo viaducto en 1929 no fue solo una obra de ingeniería: fue el gesto inaugural

de una ciudad que comenzaba a abrirse, a estirarse más allá de sus propios límites. A partir de entonces el Ensanche creció como un organismo vivo, dividido en dos latidos: a la derecha, los chalés dispersos, casi tímidos; al otro lado, siguiendo la antigua Nacional a Sagunto, la carretera de Valencia, como la llamábamos en Teruel. Fueron apareciendo talleres, una gasolinera, el Hotel Oriente, la nueva plaza de toros… Señales todas de una modernidad que llegaba despacio, pero con paso firme.

Tras la guerra civil, que dejó asolada la ciudad, llena de heridas profundas y desazón, la ciudad se fue desperezando. Eso sí, de una forma parsimoniosa y cerrando las heridas del centro de la ciudad, aunque quedando profundas cicatrices de la barbarie allí acontecida. Posteriormente la ciudad se fue extendiendo hacia ese mismo Ensanche. A comienzos de los años cincuenta se levantaron las primeras viviendas —todas de alquiler, como correspondía a aquellos tiempos— junto a la plaza de toros y más allá del Gobierno Militar, donde entonces parecía terminar el mundo conocido de Teruel. En lo que respecta a nuestro barrio, las casas se organizaron en tres bloques que dibujaban un triángulo rectángulo: uno paralelo a la carretera, otro perpendicular que se abría hacia la plaza, y un tercero —con dos portales— cerrando la figura como una hipotenusa. Dentro de ese triángulo vivía nuestro pequeño mundo: lo llamábamos, simplemente, el Barrio.

En nuestro mundo cada rincón tenía nombre, como si al nombrarlos los hiciéramos aún más nuestros, más verdaderos. La Replaceta —o placeta, según el humor del día— era el corazón del triángulo, el espacio donde todo ocurría. Allí se jugaban partidos de fútbol interminables, se improvisaban corridas de toros con imaginación desbordada, rodaban las canicas —los «pitones»— y se organizaban juegos que hoy ya no tienen nombre. En verano, cuando caía la tarde, aquel mismo suelo se transformaba en pista de baile para las verbenas, y el aire se llenaba de música y de pro-